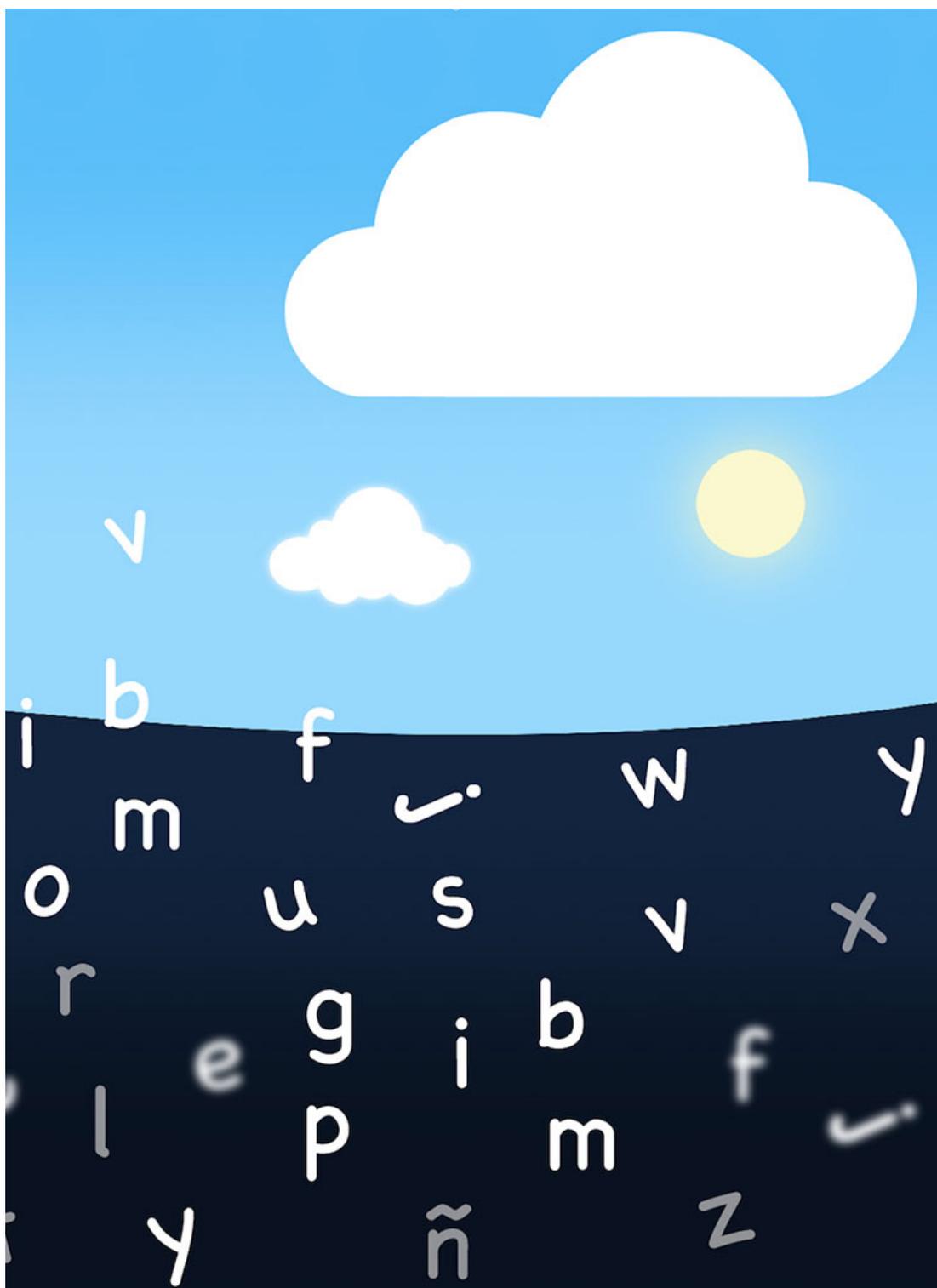


Yo misma

Ginimar de letras



Capítulo 1

Perfume, tabaco negro, sudor, champú de moras, desodorante y barniz. La vecina estaba en la terraza contigua. Se movía silenciosa como un gato pero la delataba su perfume. El vecino del primero fumaba, todavía en pijama, el primer cigarrillo del día. La niña del segundo secaba sus cabellos recién lavados al sol. El barnizador, dos escaleras a la izquierda, comenzaba su jornada laboral. Fumaba y tarareaba al ritmo de la canción del verano que petardeaba en la radio. Mi olfato se había agudizado de forma sorprendente en las últimas semanas y era capaz de reconocer a mis vecinos por su olor en la distancia, sin verles, cuando salían al balcón. Descubrí que la marca de perfume o de tabaco mezclada con el olor personal es una seña de identidad única, algo parecido a una huella dactilar. Encontraba divertida mi nueva habilidad y olisqueaba el aire como un sabueso en la escena de un crimen.

Un día quiso la casualidad que se asomaran al balcón todos los vecinos a la vez. La mezcla de olores naturales y artificiales me aturdí. El aroma era tan intenso que no podía respirar. Me ahogaba, cuando un zumbido atronador empezó a torturar también mis oídos. Salí de casa y eché a correr. El aire frío en el rostro me proporcionó cierto alivio, pero seguí corriendo hasta que, de repente, sentí una extraña sensación de calidez sobre mi piel. Al intentar tocarme la cara me arañé. Tenía garras en vez de manos, y estaban totalmente cubiertas de barro. No sabía cuánto tiempo llevaba corriendo sobre cuatro patas sin percatarme de mi transformación. El molesto zumbido se había suavizado al separarse en decenas de sonidos distintos que resultaban mucho menos irritantes, aún así, mi instinto me decía que siquiera corriendo. La ciudad era una olla a presión, una mezcolanza de olores y ruidos insoportable, y sabía que sólo en plena naturaleza podría recuperar la serenidad. Los jirones de ropa destrozada se iban desprendiendo poco a poco de mi piel, cubierta ahora por un espeso pelaje blanco. En poco tiempo alcancé las montañas y seguí mi olfato hasta la ribera del río. Bebí, sedienta y contemplé mi reflejo: un hermoso lobo blanco me devolvió la mirada. Salió la luna y aullé feliz con mi nueva condición. No formulé preguntas: no me importaban las respuestas. Me sentía viva, totalmente libre por primera vez en mi vida. Hoy sé que estoy en el lugar al que pertenezco. Hoy sé quién soy: simplemente, yo misma.